



EL GRAN DESCUBRIMIENTO

Cuando nos iniciamos en el camino de la meditación o del Zen, incluso cuando ya llevamos tiempo caminando, podemos caer en el engaño de creer que estamos avanzando hacia algo superior, lejano o profundo. Nos sentamos en nuestro cojín y nos afanamos como un explorador que se adentra en una cueva para encontrar un tesoro escondido, con la esperanza de poder salir después triunfante con dicho tesoro en las manos.

En este intento continuo de buscar para descubrir algo, cosificamos nuestra naturaleza esencial y la colocamos en un lugar de difícil acceso al que solo se llega con la ayuda de un mapa mental hecho a escala de nuestras propias creencias. Por si fuera poco, a este "lugar iluminado" le atribuimos un estado maravilloso lleno de dones y deleites, como a una tierra prometida en la que mana la gracia divina. Y claro está, ante tan irresistible seducción, nos lanzamos a la aventura. Y en la aventura de la transformación podemos creer que meditar es hacer algo para conseguir algo: un estado extraordinario, crear una mente nueva y perfecta, etc.

Sin embargo, Buddha no hizo nada, no cambió nada, su gran cambio fue más bien un dejar de hacer... para simplemente ver. Buddha no se encerró en su taller interior y pulió su espíritu con martillo y cincel hasta tallar una mente iluminada, ni combinó artilugios espirituales para fabricar una máquina mental superior. Buddha no fue un inventor, fue un descubridor. Se adentró en su propia geografía interior y descubrió un territorio inmenso, esencial y radiante, que ya era, pues al contrario que con un invento, que requiere primero de un inventor, con el descubrimiento sucede al revés: aquello que se descubre Es siempre antes de que llegue el descubridor. Y Buddha descubrió además que Ese descubrimiento esencial y despierto era Él mismo. Y tras navegar mar adentro, navegó también mar afuera y descubrió el infinito océano de la realidad universal iluminada, y descubrió también que Todo ya era una realidad universal iluminada y unitaria y también que este Todo y este Uno era además Él mismo.

Cuando nos sentamos a meditar no nos sentamos a inventar nada, nos sentamos a descubrir lo que ya es, lo que es previo a nuestro afán de descubrir, previo a nosotros mismos. Es precisamente desde "Esto que Ya Es" que surge el anhelo de ser descubierto y de ahí el impulso de buscar. No soy yo buscando hacia adentro, sino que es un Adentro buscándome a mí. La meditación zen es un laboratorio de investigación, pero no para concebir o inventar nada nuevo ni mejor, sino para descubrir la realidad que ya es, siempre aquí, esperando a ser descubierta y simplemente siendo nueva e inmejorable cada vez que se descubre.

El zazen es una travesía, mar adentro y mar afuera, pero no de un lugar a otro sino del no ver al ver. La Tierra Prometida nos está siempre esperando, llamando, pero no es una tierra que se alcanza, es una tierra que se descubre, y siempre como algo que ya era y además como algo que soy yo mismo. Y cuando este paisaje se descubre luego se habita, en el día a día, pues no es una tierra que se invade y se posee, sino que es la tierra del Presente, siempre acogedora y sin propietario, en la que uno nace, crece, muere y renace a cada instante.

El zazen no es una batalla ni una conquista, no es un camino para transformarme sino para retirar lo que me cubre y para ver la realidad tal cual es. Este descubrimiento no es de ninguna otra cosa que de la Realidad y de Yo mismo, aquí, ahora, esperando a ser auto-descubierto por mí mismo, esperándome desde mucho antes de que yo saliera a buscarme. Igual sucede con el corazón, el vacío, la unidad, la confianza, la plenitud. No necesito inventarlos, solo necesito descubrirlos. Solo necesito salir a la mar, vivir descubriendo, mar adentro, más adentro, y mar afuera, más afuera. El Gran Descubrimiento me está siempre esperando.